

Reseña LA ¿NUEVA? ESTRUCTURA SOCIAL DE AMÉRICA LATINA. Cambios y persistencias después de la ola de gobiernos progresistas de Gabriela Benza y Gabriel Kessler

Camila Alfageme

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas CESP, UNMDP

Eduardo Chávez Molina

Investigador Instituto Gino Germani/UBA, Universidad Nacional de Mar del Plata

Iniciar esta reseña de esta obra de Benza y Kessler nos lleva por varios caminos posibles de lectura y comprensión, de un fenómeno tan arduo y polémico acentuado en las últimas décadas sobre la tierra en la que vivimos los latinoamericanos y latinoamericanas: ¿qué ha pasado en América Latina en las primeras décadas de este siglo?

Nos presenta como un lenguaje a descifrar en forma conjunta o separada, a fin de introducirnos en los diferentes tópicos con los cuales podemos describir las virtudes o las desgracias de nuestra región, en el plano de los indicadores, que dan cuenta en cierta forma paradigmática el bienestar material.

Nuestro recorrido va a partir de un seguimiento lineal de los capítulos a fin de estructurar en grandes rasgos los momentos que nos han parecido destacables en la forma en que se enuncian y en la capacidad de los autores de dejarlo a la vista, a la luz de la agudización de las contradicciones producida por la pandemia actual, y el acceso desigual de las naciones a las vacunas que podrían mitigar fuertemente su avance.

El planteo que recorre todo el libro, como una hipótesis continua, que cada capítulo y subcapítulo intenta responder: la mejora fue el resultado tanto de un contexto económico favorable y de renovadas políticas públicas –como la expansión de los programas de transferencias de ingresos hacia los hogares más pobres y la regulación de los mercados laborales– como también de tendencias de más largo plazo, en especial, del crecimiento de la cobertura educativa y de salud y la reducción de la

mortalidad y la fertilidad. Sin embargo, las sociedades latinoamericanas continúan siendo estructuralmente desiguales en términos de clase, género y origen étnico.

Una matriz estructural de difícil disolución y que, como toda matriz, deja sus huellas en los procesos actuales y futuros, hasta que las mismas no puedan disolverse en los propios procesos históricos, sociales, económicos, y sin lugar a duda políticos, elementos que desarrollaremos al concluir.

El primer capítulo da cuenta de las condiciones sociodemográfico de América Latina, desde el Río Grande hasta Tierra del Fuego; en ella se detiene los siguientes temas: la transición demográfica, esperanza de vida al nacer, el desafío de las tendencias en mortalidad y fecundidad, las transformaciones en las familias, la distribución espacial de la población, las migraciones internas y las migraciones internacionales.

El trasfondo es un juego continuo en el libro, que va y viene en la revisión; el pasado, el presente y las tendencias futuras, en ese caso, la situación demográfica, principalmente enmarcada en las transformaciones en las familias.

Respecto de los cambios en el nuevo milenio, sostienen que en ciertas cuestiones (aunque no en todas) la mejora de los indicadores comenzó antes, pero se intensificó en el período. Cada dimensión tiene condicionantes del pasado, ciclos e incluso temporalidades específicas.

Un argumento que acompaña –como a lo largo de todo el libro el buen uso de la información estadística, y capacidad de brindar información entendible para cualquier lector– es que los cambios en los patrones demográficos y las relaciones familiares en general ocurren lentamente; las transformaciones en salud, educación y vivienda un tanto menos, porque en términos relativos son más sensibles a las políticas de un período dado.

Un aspecto que destacan en este componente “demográfico” del libro, es que en América Latina algunos de estos indicadores ya habían comenzado a mejorar en forma progresiva desde los años ochenta y noventa.

Asimismo, rescata que dentro de cada país el impacto y el sentido de los cambios no son homogéneos, sino que difieren entre grupos sociales: algunos sectores fueron beneficiados de manera especial por las tendencias del período, mientras otros experimentaron retrocesos o no vieron cambios sustantivos en su situación.

Sin embargo, los beneficios asociados con el bono demográfico no son automáticos. Y como bien plantean los autores, dependen de la adopción de políticas macroeconómicas que incentiven la inversión productiva y que incrementen la

capacidad de las economías para generar empleos. Sin estas políticas, no solo se desperdicia el bono, sino que se enfrenta el problema de una mayor población en edades activas sin mayores oportunidades laborales.

Los cambios en las pautas de formación y disolución familiar han sido vistos, por algunos, como parte de una segunda transición demográfica motorizada por cambios en las preferencias y los valores de la población: la búsqueda de la realización personal por sobre los proyectos y compromisos familiares y una mayor autonomía femenina traducida en una mayor capacidad para terminar con matrimonios insatisfactorios. Sin lugar a dudas, estas transformaciones también están ligadas a las transformaciones de los vínculos entre varones y mujeres, enmarcados en las luchas feministas en pos de ampliar derechos y de limitar las relaciones patriarcales que la constituyen. Es desde ahí donde se desprende la primera crítica del libro, la ausencia del conflicto en el logro y la búsqueda de ciertos resultados.

De ahí surge una interesante idea tratada en el capítulo: los procesos demográficos tienen gran impacto sobre las trayectorias de vida de los individuos y sobre la dinámica social, e imponen desafíos específicos para el desarrollo socioeconómico y para las políticas públicas. Basta pensar de qué manera las experiencias vitales pueden variar sustantivamente de acuerdo con la mayor o menor longevidad, la cantidad de hijos que se tiene o las probabilidades de que estos últimos sobrevivan.

El capítulo culmina con el panorama de las principales tendencias demográficas de América Latina y de los desafíos que plantean, desde el tamaño de la población, la mortalidad y la natalidad.

El capítulo segundo, sobre la desigualdad de ingresos, se enmarca en el gran tema que atraviesa el libro que es la desigualdad social, como perspectiva para analizar todos los ejes. En este sentido, los autores se preguntan qué sucedió con la promesa de reducción de la desigualdad. Uno de los resultados de este capítulo es plantear que más que un avance en la igualdad, el logro tiene que ver con una disminución de la exclusión social, aspecto por supuesto nada despreciable en la mejora de las condiciones de la vida de las personas. Pero ciertamente, diferencian en este capítulo entre incluir o combatir la exclusión, y disminuir las desigualdades. Argumentando para ello la frase muy sintomática del capítulo: "la igualdad es muy exigente". Disminuir la desigualdad supone que los grupos más favorecidos resignen recursos y privilegios, y eso ha tenido y tiene mucha resistencia, no solo entre el reducido y pequeño grupo de

privilegiados, sino también entre las clases medias. Esta clave, el lenguaje de la sociedad en procesos conflictivos, como forma incluso de organizarse, muestra un aspecto que sitúa el modo en que la búsqueda de soluciones se da en la región, pero que en ciertos capítulos pierde fuerza a la hora de entender los conflictos de lo que esconden los indicadores. Las tensiones sociales que generan los procesos de búsqueda de una mayor igualdad, implican intereses contrapuestos, que en muchos casos limitan la posibilidad de cambios profundos, o los mismos se moldean en torno a esos conflictos. En este marco, queremos destacar dos aspectos de este capítulo.

En primer lugar, el papel que los autores le otorgan a los gobiernos posneoliberales o de izquierda en la región en la reducción de la desigualdad. El capítulo está claramente situado en un contexto de economía globalizada, en donde lo que sucede alrededor tiene impacto directo no solo en la región sino en las economías nacionales. En ese sentido, es muy claro el impacto de la crisis de 2008 en el crecimiento de las economías, provocando un estancamiento y un freno a la mejoría de todos los indicadores sociales que se venían logrando hasta ese momento durante el nuevo siglo.

Asimismo, destacan este cambio en la región, este “giro a la izquierda” de principios de siglo XXI, como un elemento importante en la disminución de la desigualdad. En lo concreto, 11 países de América Latina estuvieron conducidos por esta línea ideológica en este período, dos tercios de los latinoamericanos. Estos gobiernos tomaron la demanda social de mayores oportunidades, de ampliación de derechos y llevaron adelante muchas políticas fundamentalmente, con fines redistributivos. Si bien hubo otros tantos gobiernos de otras líneas ideológicas, señalan que muchos de estos también aplicaron políticas inclusivas y que esto se debe a que los gobiernos de izquierda instalaron las demandas sociales en la agenda política de la época, como se aprecia en Chile, Colombia, Panamá, y México antes de López Obrador.

Allí el libro pone en juego político la importancia de pensar las transformaciones en términos regionales. En un mundo que está atravesando una de las peores crisis económicas de la historia (sino la peor), que ya habla de “nueva guerra fría” y que se vuelve cada vez más hostil en general, y en particular para los países subdesarrollados, estimando sin decirlo la necesidad de la unidad latinoamericana. Recuperar y fortalecer nuestros Estados, en clave de desarrollo nacional, e insertarnos en el mundo desde una perspectiva regional. Refugiarnos en una economía nacional que pueda verse sostenida por los vínculos regionales, para hacerle frente a un mundo que lejos está de parecer ventajoso para nuestro desarrollo.

En segundo lugar, vinculado con lo anterior, los autores plantean que un cometido de estos gobiernos fue el de la “democratización del consumo”, planteándolo desde el lugar de deuda social con las sociedades latinoamericanas. Benza y Kessler parten de un diagnóstico de las décadas anteriores y señalan que veníamos de sociedades que habían sido sometidas a la privación absoluta, donde grandes mayorías ciudadanas habían sido privadas del bienestar directamente. Entonces, disminuir esta situación no solo de pobreza sino también de privaciones de consumo y de bienestar de toda índole, fue uno de los objetivos que buscaron los gobiernos de izquierda (esto, además, enmarcado en una estrategia productiva de largo plazo de fomento de la economía y la industrialización). Es así como se generó un proceso de acceso al consumo masivo en las sociedades latinoamericanas, que dio lugar a la emergencia de “nuevas clases medias”: son el emergente de los gobiernos de izquierda más exitoso, pero más insatisfecho y crítico. “Argumentan que pagan crecientes impuestos, pero no usan los servicios públicos: tan pronto como pueden, envían a sus hijos a escuelas privadas, adquieren servicios de salud privados y viven en urbanizaciones cerradas”. Como bien lo plantea Stiglitz¹, como el 1% convence por lo menos al 49% que sus intereses también son los de ellos.

El capítulo tercero, se focaliza en tres dimensiones sociales centrales para evaluar el bienestar de la población: educación, salud y vivienda.

Como bien lo plantean los autores, la inclusión educativa en América Latina ha aumentado sin pausa desde la década de 1980. Aun en los períodos de incremento de la pobreza y de la desigualdad, estas tasas no cesaron de crecer en todos los niveles del sistema. Aunque también es cierto, que el salto cuantitativo a estudios superiores se da en el período 2000-2013, aumentando un 43% la asistencia en toda Latinoamérica.²

Aun así, se destaca el rezago escolar que subsiste como un problema importante: casi el 20% asiste a la escuela primaria con dos años de retraso respecto del grado al que debería concurrir según su edad. Sin embargo, este rezago no conduce al abandono, ya que la tasa de finalización de la primaria es alta: en 2013, el 94% de los adolescentes latinoamericanos de 15 a 17 años que habían comenzado la primaria logró terminarla.

¹ Joseph Stiglitz, 2012. El precio de la desigualdad, Taurus, ISBN 978-84-30600694.

² Panorama de la Educación Superior en Iberoamérica, 2018, OEI.

En relación con el nivel secundario, América Latina presenta un incremento de la cobertura, pero mayores dificultades de retención hasta el final del ciclo, que varían por países, y también se destaca en ellos el alto rezago educativo.

Los autores, citan a Vanesa D' Alessandro (2017) para reconocer tres escenarios educativos: uno de trayectorias escolares sólidas y extensas, con alto acceso y alta retención, entre los que se cuentan países como la Argentina, Chile, Bolivia y Perú; un segundo escenario de decursos debilitados, con países que combinan alto acceso pero baja retención, como Brasil, México y Uruguay, o, lo contrario, bajo acceso pero alta retención, como ocurre en Panamá o Paraguay; y un tercer escenario de trayectorias escolares breves y débiles, con bajo acceso y baja retención, como en Nicaragua y Honduras.

Como balance de este capítulo se plantea que América Latina fue exitosa en el aumento de la cobertura educativa, un fenómeno que, al mismo tiempo y como sucede en todo proceso de inclusión, trajo aparejado un aumento de la estratificación y la segmentación interna. Benza y Kessler se preguntan, ¿esto implica un incremento de la desigualdad? Aunque la respuesta no es fácil, apresuran una primera conclusión: no.

Por último, el capítulo IV, “el impacto del Covid-19 en América Latina”, que integra las últimas reflexiones del libro, de mayor carácter coyuntural, hay una clara referencia a la configuración histórica de la estructura demográfica que tiene su correlato en el perfil epidemiológico de dicha población.

Asimismo se preguntan: ¿Qué cambios positivos podemos señalar en los últimos años? Y las conclusiones son contundentes, además del aumento del gasto social, uno de los logros fue establecer formas de aseguramiento para franjas de población que no contaban con ningún tipo de cobertura, como en los casos de México o Perú.

Asimismo, se difundió el concepto de “garantías explícitas en salud” (GES), una serie de prestaciones básicas garantizadas por ley en cuanto a su provisión y calidad.

Por el lado de los problemas que enfrentan los sistemas de salud, cabe destacar la incapacidad de generar acceso equitativo a las coberturas. Esto se da en un contexto de crecientes gastos por el siempre constante aumento de la demanda de salud de la población, debido a la necesidad de atención de la población envejecida y, más recientemente, por la escalada tecnológica.

El panorama que se plantea es algo desolador: “el Covid-19 nos ha enfrentado de una manera brutal con las falencias de nuestros sistemas de salud, los modos en que la

exclusión y las desigualdades gravitan en las probabilidades de enfermarse y morir en todos los grupos de edad y su particular virulencia en los grupos históricamente excluidos, como la población indígena y aquella que sufre la acumulación de desventajas en sus espacios, en sus cuerpos y está acuciada por la necesidad de trabajar aun poniendo en riesgo sus vidas”.

Una reflexión meritoria del capítulo es el impacto negativo de la crisis que ha sido especialmente acentuado debido a la gran extensión que tienen las actividades informales en la región. Como bien se plantea, a diferencia de lo que se observó en otras crisis económicas, con el shock del Covid-19 el sector informal no actuó como refugio de quienes perdieron sus empleos, y los trabajadores informales estuvieron entre los más afectados.

En ese contexto, los autores remarcan que en el marco de la pandemia, los gobiernos de América Latina han enfrentado el desafío de compensar las pérdidas experimentadas por grupos con características muy diferentes: por un lado, los trabajadores cubiertos por los sistemas de seguridad; por otro lado, las personas incluidas en los esquemas no contributivos y en los programas de asistencia gubernamentales, y finalmente, aquellos que no pertenecen a ninguno de los dos grupos anteriores, los trabajadores autónomos del sector informal y sus dependientes. Para ello, recurrieron a la ampliación o refuerzo de políticas ya existentes, pero también implementaron nuevas respuestas.

Las condiciones de desprotección laboral en Latinoamérica, y Argentina en particular, es una constante que está más allá incluso de las leyes regulatorias y las políticas destinadas al sector. Está en la propia arena del capitalismo, y su carácter periférico, en el cual se desenvuelven las actividades económico-productivos.

Veamos estos puntos con atención, tomando en cuenta la alta desigualdad distributiva del ingreso y la riqueza en América Latina (mayor propensión en América Central y el Caribe, junto a los países andinos y Brasil, y en menor propensión los países del Cono Sur, a excepción de Chile). Lo que aparece: actividades de baja productividad y bajos niveles de ingresos de quienes participan allí en relación a aquellos que tienen mayor productividad y sus ingresos junto a las protecciones sociales son mayores.

Sin lugar a dudas, lo que agrava es lo que ya existía frágilmente. En Argentina –y en América Latina– es relevante la proporción de trabajadores asalariados manuales, los de servicios de rutinas y especialmente los empleados de comercio. También es característica de nuestra región la expansión del trabajo por cuenta propia. Este rasgo

también ha sido vinculado a la heterogeneidad estructural, ya que representa en muchos casos una actividad de refugio para los trabajadores que no encuentran cabida en el sector formal.

Eso conforma un mapa excepcional de la estructura social donde además tiene un rol no menor en ciertas regiones las actividades rurales, no solo las dedicadas a la producción de bienes exportables, y los ligados al mercado interno, sino que también a economías de subsistencia.

Sin lugar a dudas, un libro necesario, con información sólida sobre debates que suelen estar en la mesa, no solo de los especialistas sino de la ciudadanía en general.